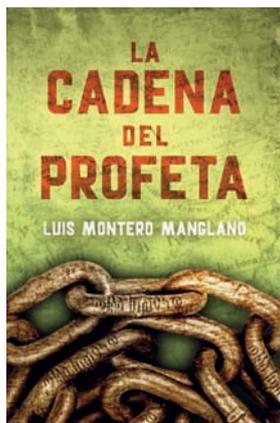


Dimanche 12.11.17 > 11h - 13h

ATELIER Espagnol

avec Claude Bleton

Infidélités



LUIS MONTERO MANGLANO

La Cadena del Profeta

Plaza&Janés, 2015

Mussa salió de la mezquita por una pequeña puerta trasera. Lo seguí hasta un patio exterior que daba a la pared del monte junto al que se encontraba Kolodugu. La noche había caído a plomo a nuestro alrededor y apenas se veía algo más que una solitaria antorcha que ardía junto a una abertura excavada en la ladera del monte. El imán la cogió y se introdujo por aquella entrada.

Sus pasos me llevaron hacia una gruta que se introducía bajo el nivel del suelo. Tuve algún reparo en seguirlo, pues desde mi experiencia en las Cuevas de Hércules soy bastante reacio a aventurarme en angostos espacios subterráneos. Desagradables recuerdos acuden a mi mente, noto que me falta el aliento y el corazón se me acelera.

[...]

La gruta terminaba en una puerta estrecha. Al atravesarla, me encontré en el interior de una amplia sala con las paredes cubiertas de barro sólido, a modo de estuco. Mussa utilizó la antorcha para encender unos pebeteros llenos de aceite colocados en las esquinas. Una luz anaranjada y temblorosa apartó las sombras de la sala.

La estancia tenía una forma más o menos redonda. En una parte de la pared había una puerta de arco. De sus jambas brotaban unas gruesas barras de metal que impedían el paso a través de ella. Un poco más lejos, vi tres grandes nichos casi tan altos como yo. En cada uno de ellos había un arma que descansaba sobre un podio de madera.

—¿Qué lugar es éste? —pregunté.

El anciano se apartó a un rincón oscuro.

—Una de ellas es un don divino —dijo—. Escoge con cuidado.

—¿Eso qué significa?

—Una de ellas es un don divino. Escoge con cuidado —repitió el viejo.

No pude evitar sonreír con sarcasmo. Por mi experiencia, imaginaba cómo funcionaban ese tipo de cosas: debía elegir una de las armas. Si mi decisión era la correcta, podría seguir adelante; en caso contrario... En fin, seguramente no me agradaría experimentar las consecuencias de un posible error.

—Supongo que no voy a sacar de ti más palabras que éstas, ¿verdad? —pregunté al imán.

—Una de ellas es un don divino. Escoge con cuidado —insistió por tercera vez. El viejo se tomaba muy en serio su actitud críptica de guardián de tesoros. Un verdadero profesional.

Bien, también yo lo era en mi campo.

Contemplé las armas de los nichos. Eran tres lanzas idénticas: largas, con la punta afilada en forma de corazón y el mango cubierto de algún grueso material. En los nichos no había ni inscripciones ni símbolos, al igual que en el resto de la sala.

Me frustré. Me pareció que quien diseñó aquella sala me estaba haciendo trampas: lo normal en esos casos es dejar algo que sirva de pista para evitar que la decisión sea cosa del azar; pero allí no había nada que me pudiera servir de indicio, y al viejo no iba a sacarle nada que no fuesen sus dos frases repetidas de memoria. Era muy injusto.

Observé las lanzas durante un buen rato, sintiéndome cada vez más irritado. Parecía que no me iba a quedar más remedio que confiar en mi buena estrella. Quizá aquél era el modo africano de esconder tesoros.

Me acerqué a la primera lanza. Dudé. Luego a la segunda. Dudé otra vez; y lo mismo con la tercera... Al final, como quien apuesta todas sus fichas al rojo o al negro, volví a la primera lanza y la saqué del nicho. Era bastante pesada. Al sostenerla entre mis manos, el podio de madera sobre el que se apoyaba comenzó a elevarse. Se produjo el sonido de un resorte tras las paredes. Mi experiencia me indicaba que eso nunca es buena señal.

Escuché un roce metálico que provenía del acceso a la gruta que acabábamos de atravesar. Me giré justo a tiempo para ver cómo del umbral de aquella puerta brotaban cinco barras de hierro que cerraban el paso.

Ahora el imán y yo no teníamos forma de salir de la sala.

Mussa torció sus labios en algo que parecía vagamente una sonrisa.

—Mala elección, viajero.

Empecé a sudar por todo el cuerpo.

—No, no, espera un momento —dije, asustado—. ¿Qué significa eso?

—Las puertas están selladas. No podemos avanzar ni retroceder.

Me quedé sin aliento. Recé para que mi error no hubiera supuesto quedar sepultado vivo con aquel desagradable viejo como única compañía. Me mente se negaba a aceptar esa brutal y lenta condena a muerte.

—Ya veo lo que quieres decir: la lanza correcta abre el paso, la incorrecta lo cierra... ¡Pero aún quedan dos lanzas! Una de ellas aún sirve para desbloquear la otra puerta. ¡Todavía tengo una oportunidad!

El viejo entornó los ojos, como si el hecho de que yo no quisiera pudrirme en aquel agujero con él le resultase ofensivo.

—Sólo una, viajero —indicó—. Si vuelves a fallar, el mecanismo que abre la otra puerta se bloqueará para siempre. Será inútil que lo intentes una tercera vez; no funcionará.

Sentí un pequeño alivio. Muy pequeño, pues el terror de una inminente sepultura en vida aún copaba todos mis pensamientos. Sin embargo, la suerte me otorgaba otra apuesta. La última. Debía pensar con claridad.

—Ayúdame. Haz algo, dame una pista... —le rogué—. Tú tampoco quieres quedarte aquí encerrado, ¿verdad?

—Si ésa es la voluntad de Dios... —dijo el anciano, sonriendo maliciosamente.